

Cine y Culturas

FERNANDO RAMIREZ*

1. ERANSE DOS VECES EN AMERICA

Se dice que las ideas fijadas que los grandes artistas van madurando durante años, cuando logran concretarse suelen convertirse en sus obras maestras, este parece ser el caso de Sergio Leone y "Erase una vez en América". Diecisiete años llevaba Leone soñando con la realización de este argumento: fue justamente después de haber terminado "Lo Bueno, lo Malo y lo Feo", cuando se le ocurrió la idea. Él no quería hacer más Westerns y propuso un argumento al estilo de las viejas películas de serie negra. Los productores norteamericanos pensaron que la veta del "Western Spaghetti", del cual Leone fue su más importante exponente, todavía daba para mucho, especialmente después del éxito de "Lo bueno, lo malo y lo feo", así que le

propusieron al director italiano un pequeño chantaje: "Te financiamos tu película de gansters, pero antes tendrás que realizar dos Westerns más". Leone accedió, pero nunca imaginó que su proyecto tardaría tanto en ser realidad.

Finalmente fue terminado en 1984 y estrenando con éxito rotundo en el Festival de Cannes de ese año con el nombre de "Era una vez en América". La película no resultó triunfadora, pero alcanzó el aplauso unánime de los especialistas. La ganadora fue una película de otro europeo, Wim Wenders, que como la de Leone rinde homenaje a la sociedad norteamericana y a cierto cine de ese país, por eso la prensa francesa bromeando sobre la coincidencia obvia de estos dos filmes hablaba de "Eranse dos veces en América".

"Erase una vez en América", es la última del tríptico que Leone inau-

* Profesor de Cinematografía y del área de Teorías de la Comunicación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana.

guró con ese gran Western que es "Era una vez en el Oeste", y que siguió con "Era una vez la revolución". El nombre de este director italiano saltó a la fama cuando comenzó a filmar películas de vaqueros a las que les dió un toque muy personal, con todo y que se inspiraba en los elementos tradicionales del género norteamericano. Los vaqueros del Western Spaghetti dejaron atrás la apostura física, la compostura y la acepcia en el vestir de los clásicos Western de Ford y Hawks. Los pueblos transformaron su pintoresca y romántica imagen, en la de polvorientas aldeas perdidas en medio del desierto. Sitios inhóspitos, silenciosos, azotados por el viento y la soledad, amenazados por los asaltos, los duelos y la violencia más descarnada de que haya sido testigo la historia del género Western. Pero el concepto de buenos y malos, de héroes, seguía vigente, tal vez más ambiguo que antes, con héroes más contradictorios, menos escrupulosos, y desprendidos de la moral protestante que reflejaban los personajes construidos por los norteamericanos. En el Western de Sergio Leone el código del honor es más confuso, lo que importa es la supervivencia, pero si algo conservó este director de la temática tradicional del género fue el concepto de amistad masculina, presente también como eje temático fundamental en las películas de ganster. Es posible por eso que el eje central en torno al cual se construye "Erase una vez en América", es la amistad entre dos gansters en medio de los agitados años de la prohibición del alcohol en los Estados Unidos.

La película recorre la vida de estos dos hombres desde el momento en que se conocen en el barrio judío de Nueva York y deciden unirse para conformar una pandilla juvenil dedicada a delitos menores. A través de una estructura intercalada en la que el tiempo se adelanta y se devuelve continuamente gracias a un magistral trabajo de montaje, en ellas se nos van mostrando tres épocas diferentes de la banda cuyo apogeo se ubica en los años de la prohibición, en los que el contrabando del alcohol era un próspero y peligroso negocio. La acción termina en 1968, varios años después de que la banda se ha desintegrado.

La obra de Leone supera el atractivo de lo meramente anecdótico, en el que fácilmente puede caer un film de este tipo, en donde se narran hechos marcados por la violencia, la acción y el suspenso. Sin embargo fiel al espíritu de las películas de género, conserva siempre el clima de película-espectáculo, del film de aventuras enriquecido por la ficción. El cine de Leone vuelve a coincidir con el de Wenders, en el sentido de permitir en algunas de sus obras, una encantadora convergencia entre un cine de concepción norteamericana y otro producto de la cultura europea. Tanto Wenders como Leone, aman y admiran el cine norteamericano clásico de los años treinta y cuarenta, pero no quieren, ni pueden desprenderse de su bagaje cultural de europeos intelectuales.

Entremezclados con la historia de amor y balas que tiene lugar, apare-

cen oportunamente los apuntes críticos de Leone con relación a los vínculos que el poder ha tenido con el hampa a lo largo de la historia norteamericana. Es interesante que quien negocia con los gansters sea un político socialista, la corrupción no es privilegio de la derecha. Los personajes representados por James Woods y Robert Deniro, manifiestan dos maneras distintas de ver la vida, para el primero cuenta el poder político, el segundo detesta la casta de los políticos y manifiesta un gran afecto por el pueblo y la calle. En términos de una visión muy propia del género, el uno representa al triunfador, el otro al perdedor.

El cine norteamericano es poco dado a mostrar sus propias lacras sociales y la violencia aparece como un fenómeno gratuito y espontáneo; por el contrario en "Erase una vez en América", se hace énfasis en las raíces sociales y económicas del surgimiento del crimen organizado y se explora, poéticamente, el getto judío, su estilo de vida y las ilusiones de su población. Este último aspecto alcanza su expresión más fuerte con el personaje interpretado por Elizabeth MacGovern, una niña aspirante a actriz, que trabaja duramente en medio de trastos y comida para poder salir de su condición. Su sueño se convierte en realidad cuando al terminar la película sabemos que es una célebre estrella de Hollywood.

Con todo y las múltiples reflexiones que la película de Sergio Leone

pueda suscitar, la obra es una fábula. Su dimensión de cuento de ficción predomina, el espectáculo supera las ideas, el preciosismo de la imagen solo esta ahí para apoyar la nostalgia de la historia y de una época pasada.

Leone quiso que su película se pareciera a esos viejos clásicos de Serie Negra inspirados en Hammett y Scott Fitzgerald, un Gran Gatsby más crudo y realista, o un Halcón Maltés más épico. Por eso Elizabeth MacGovern representa un poco el arquetipo inevitable de la Mujer Fatal atrapada por sus pasiones y sin embargo fría y calculadora. Por eso a veces nos parece demasiado infantil el hecho de ver unos niños que "juegan" a los gansters en un barrio judío, o la historia del amigo dado por muerto que luego aparece treinta años después convertido en un importante político, por eso, todo ese mundo de ficción extraordinariamente recreado.

Sin embargo Leone, como para tranquilizar la mente de los no soñadores, de los serios intelectuales, decidió contarlo todo bajo la óptica del opio, desde la cual el personaje parece imaginarse todo, como adelantándose al futuro, lo cual explicaría ciertos excesos de la obra. A pesar de eso la atmósfera de la película no es alucinada, ni onírica, pero si encantadoramente mágica y al final nos deja con el sabor nostálgico de las grandes películas, con el dolor masoquista de ver las amistades frustradas, las personalidades fracasadas.

2. FURYO: POESIA EN EL CAMPO DE CONCENTRACION

Antes de "El Imperio de los sentidos" y "El Imperio de la pasión", el director japonés Nagisa Oshima, había realizado 24 largometrajes en su país, producción que lo sitúa a la cabeza de los más prolíficos cineastas japoneses. Sin embargo fueron estas dos películas las que le dieron el prestigio internacional del que hoy goza. La última película de Oshima, confirma su puesto de primera línea en la galería de los grandes contemporáneos: "Merry Christmas, Mr. Lawrence", que en nuestro país fue estrenada con el nombre de Furo.

No es gratuito que la película comience con una cruda escena en la que un soldado coreano es acusado de violar a un prisionero holandés y obligado posteriormente a hacerse el harakiri, todo esto dentro del marco de un campo de prisioneros en el Japón durante la Segunda Guerra Mundial. El tema homosexual atraviesa todo el tema de la obra, el Capitán Yonoi, conduce el campo de concentración que dirige, a un prisionero inglés sentenciado a muerte, se trata del mayor Celliers, flemático y arrogante, Yonoi queda fascinado inmediatamente por el inglés y se convierte en su protector. Pero "Furo" va mucho más allá de la simple anécdota, de la pasión de un hombre por otro en medio de la guerra, se trata del encuentro entre dos culturas, dos formas de ver y entender el mundo, dos maneras de interpretar la realidad y de expresar los sentimientos.

¿Oriente versus Occidente?

La película de Oshima se basa en el libro "The Sea and the Sower", de Sir Laurence Van Der Post, esto explica en gran medida la posición profundamente crítica que el director adopta frente a su propia cultura, la brutalidad japonesa invade las primeras escenas y en algunos casos Oshima se burla de sus propias convenciones sociales, como si respetara el texto original escrito desde una visión occidental.

Esta actitud queda dilucidada al final de la película al reivindicar la verdad de cada cultura y cuestionar la existencia de una razón universal. Hasta aquí el nombre de Lawrence no aparece por ninguna parte para justificar el título de la versión original, en realidad el protagonista es el mayor Jack Celliers, interpretado por la estrella de rock David Bowie; Lawrence ocupa, como en el texto literario, el papel de un narrador, de observador de los hechos que han llegado hasta nosotros gracias a sus recuerdos, pero al mismo tiempo representa una instancia lúcida dentro de esta confrontación de dos culturas, Lawrence ha aprendido el idioma japonés, conoce sus costumbres y trata de entender sus creencias y tradiciones, aunque en una escena de la película se mofa de ellas. Entre los británicos es el personaje que más se aproxima a la comprensión de la actitud de los carceleros japoneses. Frente al mundo apasionado y ro-

mántico de Yonoi, Lawrence representa cierto racionalismo occidental.

Rock y subversión

La actuación de David Bowie en el papel central, le confiere una atmósfera muy moderna a la obra, quien interpreta al capitán Yonoi, es el japonés Ryuichi Sakamoto, también una célebre estrella de rock en el Japón y compositor de la banda sonora. Oshima opina que nadie como los músicos tiene un poder de penetración tan grande entre jóvenes de hoy, son la comunicación contemporánea por excelencia. En la obra los dos personajes tienen características comunes, lo cual mueve a Yonoi a interesarse más por el inglés. Ambos provienen de sectores aristócratas, ambos poseen una frustración pasada. Yonoi la de no haber participado en el golpe militar del 36; Bowie interpreta el papel de un atormentado por el pasado con poco apego por la existencia. Le obsesiona el recuerdo de no haber ayudado a su hermano menor en el colegio, cuando era burlado por sus compañeros a causa de su joroba.

Lejos de romper la unidad estilística del film, las escenas en flash backs —los recuerdos de Celliers sobre su hermano—, la enriquecen. Es solo en estas escenas recordatorias donde se cambia de espacio central (el campo de concentración). La atmósfera de las escenas en flash-backs es marcadamente distinta, pero con el claro deseo de establecer un contraste entre una situación pasada repleta de poesía, como la canción

del pequeño Celliers, a un presente dramático. La composición de las imágenes de estas escenas está perfectamente calculada, con un gusto preciosista al que no escapan los menores detalles, llenas de un color que solo hemos visto en las películas fantásticas japonesas y que remite a las láminas coloreadas de antaño.

“Furyo” resulta además menos densa que “El Imperio de los Sentidos”; si en aquella las escenas eróticas eran evidentes y reiterativas, el espacio es menos claustrofóbico, la cámara se desliza hábilmente entre exteriores e interiores. Un irónico sentido del humor desdramatiza la trama, alejando el peligro de caer en lo ridículo por el tipo de tema tan delicado que maneja, tan censurado socialmente. Oshima mira la situación y los personajes con sorna, pero al mismo tiempo con una gran ternura. Lo paradójico de la situación confunde y le da al mismo tiempo la magia a la película. Pasión en medio de la guerra, poesía en el campo de concentración, infantilismo entre asesinos profesionales, ternura entre machos preparados para la destrucción. Indudablemente “Furyo” es una película subversiva en el sentido más amplio del término, no solo se burla del etnocentrismo de dos culturas que hoy se creen el centro del mundo, sino que asume el análisis de temas tabú en todo el mundo y cuestiona con acidez tradiciones y valores del Japón tan fundamentales como el código del honor por el cual se suicidan avergonzados varios personajes.